



Inquietudes en la clínica psicoanalítica: Subjetividad, ciudad y fundamentalismos.

Marcio de Freitas Giovannetti

1- Hace seis años, cuando tuvo lugar la exposición Freud en el Museu de Arte de São Paulo, uno de los comentarios más escuchados fue el de que no habían traído el diván original y que lo que se veía era nada más que el tapizado que recubría el diván original puesto sobre una estructura de madera, hecha allí mismo, en Brasil. Un simulacro era, entonces, lo que se exhibía. Como el armado de la exposición se había atrasado algunos días porque uno de los contenedores no había llegado –posteriormente encontrado en un puerto de África– alguien levantó la hipótesis de que el diván se había perdido por allá... El hecho es que la exposición brasileña seguía fielmente la exposición organizada por la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. Es, sin duda, interesante pensar que a pesar de que prácticamente todos los demás objetos del consultorio de Freud estuvieran, el foco de los comentarios fue la ausencia del diván, que, en honor a la verdad, es poco visible incluso en Maresfield Gardens o en las fotos de la Bergasse 19, cubierto siempre por una bella alfombra oriental. Esto es una muestra de que nuestro imaginario hace automáticamente una separación entre estructura y ornamento, el diván siendo considerado la estructura y todo lo demás, ornamento. Los dos mil años de historia representados por los objetos de la colección particular de Freud se volvían secundarios, despreciables casi, ante la ausencia de un objeto tan cargado de afecto en nuestro imaginario colectivo, un objeto, por así decirlo, estructurante para nuestro grupo. Sin embargo, cabe recordar que en 1938, ante la saña nazista causante de su exilio, Marie Bonaparte, probablemente instruida por el propio Freud, se encargó de salvar en primer lugar algunas de las piezas que ornamentaban su mesa. Por un acaso del destino, la valija que las transportó era la de la embajada de Grecia, cuna de la civilización occidental...

2- Durante dos años, de 2000 a 2002, el Newsletter de la IPA exhibió en cada número, las fotografías de varios consultorios de psicoanalistas de distintas partes del mundo, lo que causó también un sin número de comentarios. El argumento del editor al publicar las fotos era el de acercar a la comunidad

psicoanalítica internacional a la intimidad del trabajo, a la escena analítica de cada uno de nosotros. Lo que se veía era siempre el diván, el sillón del analista y uno u otro objeto personal de cada analista, libros, cuadros, alfombras, lámparas, etc... De algún modo, las fotos mostraban las varianzas y las invarianzas presentes en la lectura personal que cada uno de aquellos analistas hizo de la escena primaria freudiana –su consultorio– recreándola a partir de su propia cultura psicoanalítica y de las especificidades de su tiempo y de su cultura local. Algunos más modernos, otros no tanto, los divanes y los sillones variaban de estilo, así como los objetos, habiendo incluso algunos que evidenciaban un deseo de acercamiento mayor, un intento de copia del modelo original. En algunos de ellos, la presencia de la foto de nuestro fundador, como para sacralizar la escena.

Dejando de lado las motivaciones del editor y de los colegas que enviaron las fotos de su lugar de trabajo, pienso que es muy interesante tener en cuenta el momento y el contexto histórico en que esto sucedió: cien años después del acto fundador del Psicoanálisis. Era un momento en el que el mundo como un todo pasaba por grandes transformaciones, producto fundamentalmente del avance de los medios de comunicación con el consiguiente impacto en nuestras culturas y en un momento en que nuestra pequeña comunidad psicoanalítica se enfrentaba a dos grandes cuestiones internas: el vaciamiento de los consultorios y el repensar de los modelos tradicionales de formación psicoanalítica. En pocas palabras, una cuestión de supervivencia.

Una lectura cuidadosa de las fotos, más allá de las diferencias culturales y personales que contienen, deja claro que esta exposición de distintas intimidades es sintomática de esta cuestión mayor, la supervivencia del Psicoanálisis. Si la foto del consultorio de Freud se mantiene viva y paradigmática para la práctica psicoanalítica hasta los días de hoy, la repetición reiterada de las fotos de los consultorios actuales apunta, como un todo, a lo que Andy Warhol con su magnífica obra denunciaba como la muerte de un tiempo y del arte. ¿No sería este el grito de alerta proferido de forma simbólica por la publicación de las fotos? La banalización ocasionada por la repetición ad-infinitum de la imagen primera, de la imagen del gesto fundador, hace que la propia fundación corra riesgo de vida: en ninguna de las fotos está presente el analista o el analizando; hay nada más que un lugar deshabitado, un consultorio vacío...

3- En 1994 se realizó en Buenos Aires un importante simposio interdisciplinario titulado Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad, del cual participaron nombres de envergadura mundial en varias ramas del conocimiento. Entre ellos, Mark Wigley, profesor de arquitectura de

Princeton, que presentó un bellissimo trabajo en el cual teje consideraciones muy esclarecedoras sobre la superación del paradigma científico anterior, cuestionando el propio concepto de espacio a partir de una distinción clásica en arquitectura entre estructura y ornamento. Advirtió sobre el hecho de que nuestro pensamiento occidental esté anclado en metáforas arquitectónicas, por ejemplo, teorías sólidas, ideas sin soporte, espacio teórico clínico, etc., señalando con esto que la idea misma de espacio, como algo en lo que se está dentro, es la que cimenta –otra metáfora arquitectónica– el pensamiento en todas las ramas de las ciencias, sean estas humanas o no. Para nosotros, los psicoanalistas, basta recordar la tópica freudiana, el concepto de contenido, manifiesto o latente, el concepto de “setting”, el de objeto interno, el de mundo interno y de subjetividad, por ejemplo. Así decimos “en esta sala”, “en esta conferencia”, “en esta lengua” y con esto dejamos de cuestionar el hecho de que nuestro concepto de espacio “es una resultante de una continua represión de nuestras relaciones más complejas y problemáticas con el propio espacio” (p. 152). Nos reunimos y desconstruimos todo, dice Wigley, excepto el espacio en el cual estamos, pues este estaría más allá o más acá de la desconstrucción. Y continúa “De este modo, el discurso arquitectónico clásico no está interesado en interrogarse sobre arquitectura sino en reforzar las premisas de un modelo particular de arquitectura en aquello que la arquitectura puede actuar como garantía cultural de una serie de cualidades como el orden, la estabilidad, la seguridad, el control, la delimitación, el enclaustramiento...”. Contra este encierro propone una lectura desconstruccionista –derridiana– de la arquitectura para que se pueda pensar de una manera más compleja y más libre. Comienza con la idea de que la desconstrucción no se ocupa de lo nuevo sino de lo viejo, de lo familiar, de lo cotidiano, de lo que por hacerse siempre y repetirse se vuelve invisible y va descubriendo, en esa familiaridad, ciertas cualidades cruciales que parecen absolutamente inesperadas e imprevisibles y que, de alguna manera, desvían y comprometen la propia escena en la que se encuentran. Nada más familiar que esto para nosotros, los psicoanalistas, en tanto tributarios del pensamiento de Freud: la Psicopatología de la Vida Cotidiana, los sueños, los chistes, la propia desconstrucción freudiana del “Unheimlich”... “Lo siniestro no es perturbador porque perturba el orden familiar sino porque perturba nuestro sentido de lo que es el orden familiar”. De este modo, “familiar” para nosotros es la idea de que nuestra supervivencia depende de las estructuras y que nuestros ornamentos están más allá de la supervivencia. El episodio del diván de Freud relatado al principio de este texto se presta ejemplarmente bien para que pensemos esta cuestión si tomamos en cuenta que el tapizado que lo revestía era lo que tradicionalmente consideraríamos su ornamento en oposición a su

estructura: los visitantes de la exposición clamaban por aquello que consideraban la pieza clave, estructural, a su modo de ver faltante... Pero parece que Freud no pensaba así. Pues lo que privilegió para ser llevado a su exilio inglés –una cuestión de supervivencia frente al furor nazista– fue justamente aquello que los visitantes consideraban el ornamento: el tapizado y las estatuetas.

4- A mediados del s.XX, comenzaron a aparecer evidencias, confirmadas posteriormente con el desarrollo tecnológico del s.XX, de que los templos griegos eran originalmente de colores y no blancos como son vistos hace muchos siglos. Tomando en consideración que su blancura mármorea había fundado un importante paradigma estético y político para nuestra civilización occidental, este descubrimiento creó un gran malestar, y dio lugar a un gran debate. Gottfried Semper, arquitecto alemán del s.XIX, constructor de importantes edificaciones en Alemania, Austria, Suiza e Inglaterra –entre ellas el teatro wagneriano de Bayreuth, construido bajo el reinado de Ludwig II– fue el gran detractor de la idea tradicional, reafirmando que sin duda los templos eran pintados y que el mármol de su estructura sólo había sido usado por permitir muy fácilmente la aplicación de una capa de pintura, al funcionar como un estuco natural. A partir de ahí desarrolló una nueva teoría de la arquitectura. Revirtiendo por completo la idea de que las personas construyen primero un abrigo que las protege para sobrevivir, y sólo después, cuando todos los problemas de supervivencia quedaron atrás, se van a ocupar de los ornamentos, de la decoración de esta estructura básica, Semper afirmó que las edificaciones tienen su origen en el uso de las telas tejidas destinadas a definir el espacio social, específicamente el espacio de lo doméstico, de la vida del hogar y que por lo tanto, la arquitectura habría comenzado con los ornamentos. Pues las telas constituían desde el principio la producción del propio espacio. “La tela se utiliza como un medio para hacer la casa, la vida interior separada de la exterior, y esta es la creación formal de la idea de espacio”, dijo. Así, el espacio sólo emergería con la idea de vida interior, de hogar. Parece que Freud intuía esto cuando dio primacía a su estatuaria, a sus libros, al tapizado oriental... Eran estos los que cargaban en sí todo el sistema lingüístico y de significados del Psicoanálisis. Toda la trama cultural que ancla la subjetividad humana estaba en ellos representada. Es justamente todo este acervo cultural humanístico lo que es imprescindible para que haya psicoanálisis: los objetos de Freud son más que simples ornamentos, en el sentido restringido del término; son la tela, la trama que posibilita la existencia misma del Psicoanálisis: la historia, la arqueología, la antropología, la literatura, la biología, pues en la intersección de estas áreas justamente emerge

la subjetividad humana. Ninguna subjetividad o humanidad emerge independientemente del grupo humano y cultural que la configura. No hay hombre sin ciudad. Lamentablemente muchos de nosotros, los psicoanalistas, rechazamos, desmentimos en el sentido que Freud dio a “Verleugnung”, este hecho y nos refugiamos en una así llamada especificidad de nuestro campo que pervierte la naturaleza misma de nuestro conocimiento. El encierro del analista en los textos y en los espacios “específicamente psicoanalíticos termina por banalizar y empujarnos a nuestra praxis, nuestra ciudadela.

5- “Una ciudad cualquiera se mantiene no porque permanezca aislada sino porque continuamente intercambia bienes con el espacio que la cerca”, escribió Ilya Prigogine, en su artículo O fim da Ciência, presentado en el simposio citado anteriormente, idea enfatizada por Guattari al decir que “Nuestras teorías muchas veces son mecanismos más eficientes de reclusión, orden y control social que los regímenes sociales, políticos y estéticos que estas investigan”. Ya en el s.IV antes de Cristo, Sófocles advirtió el hecho de que humanidad y ciudad son una conjunción constante. La Esfinge se ponía a las puertas de la ciudad de Tebas y devoraba a todo aquel que se le acercara. La peste amenazaba a la ciudad como un todo, no a un sujeto específico. Al descifrar el enigma, Edipo se identifica en una historia propia al mismo tiempo en que la ciudad se reconstruye. Todos nosotros conocemos la centralidad que Freud dio en su obra a Edipo. Lamentablemente, el énfasis quedó en el individuo y en la trama familiar, la ciudad quedó prácticamente olvidada en nuestra teoría. Y es esta la que se hace escuchar de manera inequívoca en nuestros consultorios en este principio de siglo a través de la palabra de nuestros pacientes. Sólo que la ciudad de hoy no sigue más el paradigma familiar, esta es “unheimlich”, siniestra. Pero en esencia no muy diferente de la Tebas con la peste, podríamos decir. Esta ya no se llama más ciudad sino espacio territorial urbano, o manchas urbanas y, citando a Castells en La sociedad en Red, “es importante recordar que el avance del abordaje de las ciudades por el urbanismo pasará también por el reconocimiento, o hasta incluso la aceptación, de que la relación entre las dos categorías centrales del mundo contemporáneo –tiempo y espacio– está hoy regida por nuevos parámetros” (citado por Regina Meyer, en Ciência e cultura, ano 58, n1, 2006). Pero las ciudades son todavía el soporte y el reflejo de nuestras subjetividades, nuestra trama cultural. Así, nuestras ciudades, fruto de nuestros desarrollos tecnológicos y de nuestros desmanes socio-políticos, deben ser entendidas como las herederas del tapizado original; y los nuevos medios de comunicación, de la misma forma que las telas con las cuales la gente originalmente se vestía, son lo que definen hoy el espacio en el cual

vivimos. Fue necesario que la magnífica alfombra oriental sobre la cual innumerables generaciones de seres humanos occidentales y orientales volaron en sus fantasías, fuera y dentro del consultorio de Freud, se transformara repentinamente en una máquina asesina, el 11 de setiembre de 2001, para que el mundo entero despertara de su sueño de mil y una noches y comenzara a considerar la alteridad negada por la “mundialatinización”, como escribió Derrida. Innegablemente esto tiene consecuencias para la estructuración de la subjetividad y de la clínica psicoanalítica contemporáneas, pues lo que el 11 de setiembre inauguró fue la ciudad del siglo XXI, como viene quedando cada vez más claro a lo largo de estos últimos cinco años. Sea por cuestiones político-religiosas o por cuestiones socio-económicas, la nueva urbis se muestra indefectiblemente infectada por la peste. Y, a diferencia de Tebas, sin muros demarcatorios: la esfinge, el monstruo devorador, se presenta ahora más enigmático que nunca pues, desmembrado, reaparece fragmentado en múltiples lugares, pero con la misma saña asesina. ¿Cuál es el ser que camina al mismo tiempo –ya que no hay más amaneceres ni anohecidos– en cuatro, dos y tres patas? ¿y que habla con una enormidad de voces? La respuesta sigue siendo la misma, el hombre, claro. Pero ¿por qué el hombre?

6- El psicoanalista contemporáneo sólo sobrevive si está en sintonía con la perplejidad y la inquietud estructurantes de nuestros tiempos. Lo que nos remite a la naturaleza misma de nuestra clínica, esto es importante destacarlo. En otras palabras, no hay clínica psicoanalítica sin inquietudes, sean estas del analizando o del psicoanalista, desde los tiempos originarios nuestra praxis se caracteriza por el movimiento y por la fluctuación. Co-terapia, en los comienzos de la asociación de Freud y Breuer, hipnosis en un segundo momento, leve presión en la frente del paciente, las modificaciones técnicas estuvieron en ella presentes y fueron esenciales para la estructuración más estable del encuentro entre las asociaciones libres de uno con la atención fluctuante del otro. Pero esta estabilización nunca significó, de modo alguno, el aquietamiento ni tampoco la quietud. No casualmente, el primer caso clínico publicado por Freud como paradigma de la nueva praxis –el caso Dora– tiene como sus dos ejes estructurales los dos sueños relatados por Dora. En el primero de ellos la imagen central es la de una casa en llamas, en el segundo, la repetición de la pregunta “¿Dónde queda la estación?” seguida siempre de la misma respuesta “A cinco minutos de acá”. En los dos, el caminar –ya sea en tanto fuga o en tanto búsqueda– es un elemento esencial. ¿No fue la parálisis motora, la conversión histérica, justamente el síntoma a que Freud dedicó primero su atención?

7- El ser humano tiende a paralizarse ante la experiencia fundamental de haber sido arrojado al mundo, este parece ser el primero de los mensajes freudianos, reafirmado a partir de 1900 con la creación del concepto de transferencia y de fijación de la libido. Esta es la más esencial denuncia presente en toda su obra que es también y antes que nada el mejor agente interpretante de la parálisis de todos nosotros: ¿no fue la obra rehaciéndose constantemente, recreándose, desdiciéndose, reposicionándose, del principio al fin? Cuando el grupo psicoanalítico tendía a estabilizarse dentro de una determinada “weltanschauung”, ya venía él con un nuevo texto que desestabilizaba la doxa grupal. Y reafirmando que el psicoanálisis no podría jamás transformarse en una “visión de mundo” bajo pena de traicionar su propia naturaleza, la que presupone no una determinada mirada sino una alternancia de miradas y de cegueras activas – de cerrar los ojos, como determinaba uno de sus sueños fundantes, el “Se ruega cerrar un ojo O Se ruega cerrar los ojos” – Freud enfatizó que la aprehensión del objeto psicoanalítico sólo es posible a partir del ejercicio activo de la alternativa, de la alternancia y de la alteridad: este es el significado radical de la conjunción O. Un ojo O los ojos. Ninguna asertiva, ningún dogma, nada más que un pedido que puede ser oído y escrito de por lo menos dos modos. Lamentablemente privilegiamos casi siempre el modo “occidental”, reprimiendo, rechazando o forcluyendo el modo “oriental”. Y la alfombra siempre estuvo allá, bajo nuestros pies o bajo nuestro cuerpo. Pero siempre, siempre, sobre el diván y como telón de fondo de nuestras paredes...

8- Hacer conciente lo inconciente “O” donde era Id sea Ego son –en palabras de Freud– los dos aforismos que caracterizan el objetivo de nuestra praxis. Interpretación “O” construcción son las herramientas clásicas por nosotros utilizadas para alcanzar este objetivo. Oro puro o amalgamado, ontogénesis o filogénesis, narcisismo o “socialismo” son sólo algunas de las otras alternativas sobre las cuales su pensamiento se estructuró. Sin hablar en la célebre oposición pulsión de vida y pulsión de muerte, dualidad trágica de la humanidad que desde su conceptualización viene provocando enfrentamientos, polémicas y cismas dentro y fuera del movimiento psicoanalítico, este sí altamente representativo de la característica básica de nuestra (in)disciplina. Desde sus comienzos, el movimiento psicoanalítico apunta siempre hacia las disidencias, hacia las rupturas, hacia los contramovimientos, hacia la formación de nuevos grupos, demostrando que estabilidad y estación no pasan de ser ilusiones cristalizadas en determinado tiempo y en determinado lugar, estando siempre a “cinco minutos de acá” si retomamos las palabras de Dora, o, ya al final de su obra, la denuncia de la figura de Moisés y de la Tierra prometida...

9-¿Cuál es la tierra prometida por el Psicoanálisis? ¿un mundo redondo y feliz? ¿un mundo de realizaciones amorosas en el que todos se den las manos? En esta falacia cayeron algunos analistas, en disonancia explícita con el pensamiento de Freud cuyo texto de 1929, *El Malestar en la Cultura* fue el que más socorrió a la inteligentzia contemporánea ante la perplejidad generalizada a que el mundo fue arrojado tras el 11 de setiembre de 2001... Cabe a nosotros, los psicoanalistas de hoy, recurrir a su legado y a su alerta para continuar manteniendo la necesaria fluctuación de nuestra escucha y no perder la posibilidad de dialogar con algo de esta nueva subjetividad emergente. La relación entre Tierra, tierra, territorio y terror se modificó radicalmente, escribió Derrida, pensador francés recientemente fallecido. Si la Tierra, el mundo, fue redondo gracias a Colón, hoy es plano, al decir de Thomas Friedmann, gracias a Bill Gates y sociedad anónima e ilimitada. Si la oposición entre ciudad y campo que se inicia en el s.XII ya no tiene más sentido en un mundo donde las categorías centrales –tiempo y espacio– se relacionan por nuevos parámetros, “el espacio como extensión parece perder importancia a favor del tiempo como distancia”. Y si la noción de territorio comandado por una red de flujos, tal como M. Castells describe, caracteriza que la contigüidad espacial se minimiza obligatoriamente a favor de nuevas variables, se hace necesario que repensemos los conceptos de subjetividad, en el sentido de territorialidades de subjetividad.

10- No hace seis meses, todo habitante de la Tierra que estuviese mirando televisión en ese momento, fue transformado en espectador de un eventual accidente: un avión tenía en tren de aterrizaje averiado y el piloto, al avisar a la torre de control de la necesidad de hacer un aterrizaje peligroso, había accionado inadvertidamente a todos los medios del mundo que, rápidamente, transformaban el episodio en un espectáculo electrizante más. En un momento en que todos nosotros ya casi nos acostumbramos a las imágenes en tiempo real de bombardeos sobre determinados territorios, nada mejor que despertar al telespectador de su hipnosis inducida por la “spamización” imagética para seguir de cerca la posible muerte de más de 300 personas –trabajadores y turistas– que tenían el infortunio de estar en aquel vuelo. Hasta ahí, ninguna novedad en nuestra programación diaria. Hasta que nos llega la sorprendente noticia de que los propios pasajeros del avión también estaban recibiendo las mismas imágenes que nosotros, lo que los transformaba también en telespectadores de su eventual tragedia. Doble registro, doble experiencia existencial en simultáneo: observadores en tanto telespectadores de las imágenes de sus propias muertes anunciadas. No veo metáfora mejor para este

momento de nuestro mundo que esta: la Tierra transformada en un avión con el tren de aterrizaje averiado. Pues ¿cómo podría la Tierra aterrizar sobre sí misma? De forma análoga, ¿cómo podremos nosotros, terráneos, aterrizar sobre nosotros mismos si ya no se trata más de un descentramiento del sujeto sino de un paradójal desdoblamiento virtualizado de la más radical de las experiencias humanas, la de la propia muerte? Por eso los medios nos hicieron acompañar la lenta agonía del Papa, en simultáneo con la discusión mundial sobre si se debería o no definir a Terri Schiavo como muerta, después de más de una década de coma irreversible. Al final ¿qué es la vida en estos tiempos de altas tecnologías, de aceleración del tiempo y de virtualización del espacio?

11- Por cierto, a medida que la ciudad, la cultura, se va volviendo más compleja, necesariamente la subjetividad va siendo modificada. No se trata de nuevas patologías, como quieren muchos de los nuestros y todos los laboratorios del planeta, sino de un debilitamiento del ego frente al aumento de la complejidad del mundo, de la ciudad. Por cierto, las cuestiones básicas, vida y muerte, siempre van a estar presentes pero urge que consideremos las profundas implicaciones que la aceleración del tiempo con los consiguientes cambios en el espacio de la ciudad crea para toda subjetividad. Lo que significa que el psicoanalista, hoy, debe afinar su escucha para aprehender el nuevo decir, el nuevo avatar del enigma humano. Si nos ubicamos dentro de la perspectiva de la psicopatología, estaremos desconsiderando que la subjetividad ha estado siempre en transformación a lo largo de toda la historia humana. Fue para eso que Freud nos advirtió al escribir la Psicopatología de la Vida Cotidiana, retirando el acento de la patología y poniéndolo en lo cotidiano, rompiendo con esto el concepto de normalidad psíquica. ¿Qué sucede cuando la cotidianeidad se acelera, cuando la sucesión de los días ya no sigue más la frontera natural noche-día, cuando la hora para todos nosotros no está más referenciada en Greenwich sino en la Internet? ¿qué sucede cuando el propio “setting humano” ya no es más el mismo? ¿cuando los órganos de un cuerpo humano son originarios de otro cuerpo o de una célula madre trabajada en un laboratorio? ¿cuando la sexualidad, piedra angular de nuestra teoría ya no es más necesaria para la perpetuación de la especie pues las reproducciones asistidas tienden a hacerse más y más frecuentes? ¿cuando el clonaje puede prolongar indefinidamente la vida humana, ya que hasta ahora todo el desarrollo tecnológico no fue más allá de prolongar la agonía, como atestiguan las ultramodernas unidades de terapia intensiva en todo el mundo, como relecturas concretas de la Divina Comedia de Dante? ¿cuando el fundamentalismo religioso parece ser la única matriz del sueño de gran parte de la humanidad? Nunca fue tan necesario como ahora que repensemos la

cuestión de las ilusiones, ya que el futuro referido por Freud se hizo presente con una complejidad mucho mayor que la que su texto de 1927 puede alcanzar: el tapizado oriental, nadie más lo puede negar, dejó de ser visto sólo como ornamento para tomar su lugar esencial en el mundo...

12- A fines del año pasado, en N. York, se realizó un Bar Mitzvá, una de las más tradicionales ceremonias judías, aquella en la que el hijo hombre, al cumplir los trece años es presentado al espacio social y asume su nuevo lugar en el mundo. Lo que ahí se celebra es la transición de las generaciones. Tradicionalmente son los hombres los que dirigen la ceremonia, las mujeres quedan afuera de la Torá. En este Bar Mitzvá, las cosas sucedieron de una manera diferente: la rabina era una mujer. Siendo así, esta invitó a la Torá a todos los miembros de la familia del muchacho con su cónyuges, incluidas las mujeres. Hasta ahí, todo razonablemente aceptable para la mayor parte de los invitados, excepto para los más ortodoxos que tal vez ni hubieran ido a una sinagoga donde el rabino era una mujer. Pero, de repente un escalofrío los recorre a todos. Una de las tías del chico, soltera, invita a la Torá a otra mujer, alegando que es su *partenaire*. A los ojos de todos, el Bar Mitzvá se transformaba en una ceremonia de casamiento gay, sacramentada en la Torá. En la fiesta que siguió a la ceremonia, toda la atención se concentraba en la nueva pareja, claro. Ellas entonces anunciaron que estaban esperando un hijo, era el cuarto mes de gestación. Y aclararon: el óvulo de una de ellas había sido fecundado por el espermatozoide de un amigo común, gay naturalmente, e implantado en el útero de la otra. “Pero no hay problema, una de ellas dijo, ¡nuestro amigo también es judío!”

Nosotros, los psicoanalistas de hoy, ¿estamos capacitados para escuchar todas las resonancias de este decir? ¿Y del decir futuro de este nuevo bebé que seguramente será amamantado por una madre bombardeada por la “spamización” imagética de los nuevos tiempos y que en la descreencia de un futuro se fundamentaliza en un pasado no vivido? ¿Cuál es el “setting” necesario para acogerlo?

13- A mediados de la segunda mitad del s.XIX, Ludwing II asumió el trono de Baviera. Gracias a él, la música de Wagner todavía se escucha. Pero considerándose una reencarnación de Luis XIV, a su vez una reencarnación del mitológico Lohengrin, gastó todo el erario público construyendo castillos que él pretendía que fueran copias exactas de Versailles, y de los mitológicos castillos que habrían abrigado al Santo Grial. El problema fue que desconsideró el pasaje del tiempo: ninguno de estos castillos fue jamás

habitado, y están abiertos hoy para las visitas turísticas, como símbolos de la insensatez humana. Ludwig fue depuesto con un diagnóstico de paranoia. Construir nuestro “setting” para que sea habitable por nuestros pacientes y por nosotros debe ser en todo diferente de aquello que el rey, paranoico y religioso, que se consideraba inmortal hizo: él desconsideró la organicidad y la vida de la trama cultural, congelando la imagen y tratando de paralizar la vida. Solución paranoica por excelencia que evolucionó, en términos políticos, hacia el surgimiento del fundamentalismo nazista.

14- La resistencia a la aceleración del tiempo y a los fundamentalismos implica poner en práctica lo que Edgar Morin sintetizó magistralmente en las siguientes palabras: “Es necesario establecer la diferencia entre programa y estrategia: un programa es una secuencia de actos decididos a priori que deben comenzar a funcionar uno tras otro, sin variar. Funciona bien cuando las condiciones no varían. La estrategia es un escenario de acción que se puede modificar en función de las informaciones, de los acontecimientos, de los imprevistos que sobrevengan en el curso de la acción... estrategia es el arte de trabajar con la incertidumbre” y “el pensamiento complejo es el pensamiento que se sabe siempre local, situado en un tiempo y en un momento” (8).

¿No es justamente de eso que debe tratar la inquietante clínica psicoanalítica cuando esta no se anquilosa en peligrosos fundamentalismos?

BIBLIOGRAFÍA

- Castels, M.: A Sociedade em Rede, Ed Paz e Terra, S. Paulo, 1999
 Derrida, J.: Fé e Saber. In A Religião. Org.: Jacques Derrida e Gianni Vattimo, São Paulo, Estação Liberdade, 2000.
 Freud, S.: Fragmentos da Análise de um caso de Histeria
 : O Futuro de Uma Ilusão
 : O Mal Estar na Cultura
 Friedmann, T.: O Mundo é Plano
 Guattari, F.: Diálogo com M.Wrigley. In Novos Paradigmas, Cultura e Subjetividade, p. 167
 McIntosh: The Swan King
 Morin, E.: Epistemologia da Complexidade. In Novos Paradigmas, Cultura e Complexidade. ArtMéd, 1996, p. 274-286
 Prigogine, I.: O fim da Ciência? In Novos Paradigmas.....
 Wrigley, M.: A desconstrução do espaço. In Novos paradigmas, Cultura e Subjetividade, p. 152-166

